

Una vez se nos invita a dirigir nuestra vista y nuestra atención hacia Roma, hacia Roma que para nosotros los católicos es la catedral de la verdad, hacia Roma que aun para los no creyentes es el centro de irradiación espiritual y moral el más potente del mundo ya que sus decisiones, sus normas, sus consignas tienen resonancias en todos los ambitos del mundo y en lo más profundo de los corazones, hacia Roma, que, por tanto, no es una ciudad cualquiera sino es la capital de la cristiandad universal y el foco de luz el más esplendoroso de todo el universo.

Allí está el Vicario de Cristo, el sucesor de Pedro, el Maestro infalible de la verdad, que no tiene más ambición ni afán que la difusión de la misma, la acertación y reconocimiento de la misma a fin de que en el mundo florezca la paz y la virtud. No quiere ni ambiciona nada más que eso. Y hoy concretamente el Papa Pio XII frente a las conjuras de los pueblos por salvar sus intereses, frente a las maquinaciones de todos los poderes seculares podría repetir lo que un día dijera León XIII al abrir el Archivo Vaticano a la investigación y curiosidad de los historiadores. "Solo quiero la verdad y toda la verdad".

Pero para que esta verdad alumbre las inteligencias de los hombres no basta abrir los archivos, poner a disposición de los interesados todos los documentos, cuando la mentira invade los espacios, contra la mentira no se puede luchar quedándose pasivamente y señalando con una flecha los bibliotecas y los archivos donde podría investigarse la verdad, no, no basta eso, amadísimos hermanos, es preciso que la verdad llene los espacios, es preciso que la verdad se ponga al alcance de todos, es preciso que la verdad salga al caso de la mentira dondequiera que esta llegue. Y así comprendemos que Pio XII haya aceptado con verdadera satisfacción la sugerencia de poner a su disposición una potente emisora a través de cuyas ondas la verdad llegue a todos los ambitos del mundo, la verdad esté al alcance de todo el mundo por encima de todas las barreras que se erigen en levantarle los hombres.

Modernamente hemos observado un fenómeno curioso y por ultimo religioso que es la concentración de la riqueza en pocas manos, concentración que no implicaría maldad si es que ello no sukusiera por otra parte la generalización de la pobreza y hasta de la miseria. Se ha dicho que el dinero es el amo del mundo, que todo gira en torno al mismo, que este es el Dios del mundo. Hoy paralelamente a dicha concentración podemos observar la creación de los monopolios de la verdad, que no de otra forma debemos designar los monopolios de la propaganda que cuando se encuentran en manos del Estado o de grandes compañías, como la radio y la prensa, pone a disposición de sus detentadores las llaves del poder, de la riqueza y hasta de la conducta y vida espiritual de los pueblos. Así como la concentración de la riqueza ha creado o ha surtido la existencia de un mecanismo económico social que invade el acceso de la mayoría al disfrute de ciertos bienes aun cuando estos sobreenunden, de la misma forma el establecimiento de estos otros monopolios de la propaganda priva a los hombres, a la mayoría de los hombres de los medios para poseer la verdad teniendo que resignarse a alimentarse con lo que ellos le proporcionan y debiendo a la larga acomodarse a la manera de pensar, sentir y juzgar que ellos imponen, pues aun cuando cada uno parece libre para formular sus juicios o sentir sus sentimientos de hecho resulta que estos estan siempre sometidos a los datos que le proporcionan.

Al hombre moderno se le impone una lucha social para lograr su participación en las fuentes de la riqueza y otra que podríamos denominar lucha cultural para liberarse de la opresión más suave y disimulada pero más absoluta de estos monopolios de la propaganda: indudablemente esta segunda es más perniciosa para él. Bien puede calificarse de lucha de David contra Goliath, lucha de un enano contra un gigante, pero estando como está de parte del primero el sentimiento de la libertad y el amor a la verdad ha de vencer pese a quien pese. Hemos de confiar en su triunfo.

Pero para contribuir eficazmente al mismo tenemos que comenzar la cruzada por combatir la mentira cada uno en si mismo, por establecer cada uno en su propio pecho la primera catedral de la verdad.

Cuenta una leyenda egipcia que un Rey envió a un sabio llamado Pitaco un animal para que sacrificara en holocausto a la divinidad pero encargándole que le devolviera la parte mas noble y también la mas mezquina del mismo animal. Cuenta la leyenda que le devolvió la lengua.



